

1189

Suplemento cultural el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 18 de julio, 2025

ISSN-3061-7391

Retrospectiva de la

Alameda Central

Influencia en los espacios públicos de México

Frida Itzel Téllez Román





Suplemento cultural el tlacuache, núm. 1189, viernes 18 de julio de 2025, es una publicación semanal editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06700, Ciudad de México.

Editor responsable: Miriam García.

Página web: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/eltlacuache>

Correo: tlacuache.mor@inah.gob.mx

Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2023-072713391600-107.

ISSN-3061-7391, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor.

Responsable de la última actualización de este número: Miriam García.

Centro INAH Morelos. Dirección: Mariano Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos.

Fecha de última modificación: 18 de julio de 2025.

Las opiniones vertidas en los artículos del Suplemento cultural el tlacuache son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Órgano de difusión de la comunidad del INAH Morelos

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Miriam García

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez

Formación y diseño

Centro de Información y Documentación (CID)

Apoyo operativo y tecnológico

Crédito portada y contraportada:

Detalle. Gente bajando del kiosco Mudejar en la Alameda central, Ciudad de México, ca. 1920.

Archivo Casasola, Fototeca Nacional INAH.

Sigue nuestras redes sociales: [f](#) [i](#) [y](#) [t](#) /Centro INAH Morelos

Resumen

La Alameda Central de la Ciudad de México no solo es el primer parque público de América, sino también un testimonio vivo de cómo el urbanismo, el poder y la cultura se entrelazan en el espacio público. A través de este recorrido histórico, se exploran sus transformaciones desde el siglo XVI hasta el presente, resaltando su diseño, función social y simbolismo han reflejado los cambios en la vida urbana mexicana. Además, se trazan conexiones con otros parques y jardines del país, ampliando la mirada hacia la evolución del paisaje público en México.

Frida Itzel Téllez Román

Licenciada en Turismo y Maestra en Estudios Territoriales, Paisaje y Patrimonio de la *Universidad Autónoma del Estado de Morelos* (UAEM) con Mención Honorífica (2020-2022). Creadora de contenido – Podcast Urbanidad-es, donde se difunde sobre áreas verdes y ciudades en plataformas como Spotify y Radio UAEM.

Ganadora del concurso PECHA-CoRe Ciudades 2023 Intervenciones a bajo costo y Premio Semilla – ANPR y World Urban Parks (2022) Reconocimiento como joven líder en espacio público.

**Alameda central, vista aérea, Ciudad de México, ca. 1955,.
Colección Archivo Casasola, Fototeca Nacional INAH.**



Retrospectiva de la Alameda Central:

Influencia en los espacios públicos de México

En el presente texto, se presenta un recorrido histórico sobre el origen y evolución de las alamedas en el país, destacando particularmente la **Alameda Central de la Ciudad de México** como el primer parque público del continente americano, fundado en 1594 por orden del virrey Luis de Velasco (hijo).

Se explica que este espacio fue concebido para embellecer la ciudad y ofrecer un sitio de recreación pública, siguiendo modelos europeos. En sus inicios, la Alameda era un espacio cuadrado, con fuentes, acequias y caminos rectilíneos, reflejando el diseño renacentista. Posteriormente, durante los siglos XVII y XVIII, se realizaron transformaciones significativas, incluyendo la expansión del parque, rediseño de los jardines y la incorporación de elementos barrocos, como glorietas, esculturas y una disposición geométrica tipo quincunce. Estas mejoras la consolidaron como un importante lugar de encuentro social y expresión cultural para las clases altas de la época.

Además, se contextualiza cómo estos espacios se integraron paulatinamente al tejido urbano de la Nueva España, adaptándose a necesidades sociales y estéticas, enfatizando su valor simbólico y funcional dentro del desarrollo de la ciudad actual.

Detalle. Gente sentada alrededor de una fuente en la Alameda, Ciudad de México, ca. 1930, Colección Archivo Casasola, Fototeca Nacional INAH.



La Alameda y los Parques Públicos en México

Como se sabe la sociedad mexicana sentía atracción por la naturaleza, los jardines y las flores ornamentales. La variedad y exuberancia de los jardines privados impresionó a los españoles en su llegada. Tanto Bernal Díaz del Castillo como Hernán Cortés mostraron interés y admiración por estos espacios, es así que Cortés describió el paisaje de los jardines de Moctezuma en su tercera Carta de Relación (Díaz del Castillo, p.196) como “la huerta más hermosa y fresca que nunca se vio”.

Sumado a este jardín, existían los de Oaxtepec donde se cultivaban y clasificaban plantas y hierbas medicinales; los de Iztapalapa, los de Chapultepec, y los de Nezahualcóyotl, por mencionar algunos. Comparte Granziera (2001) que estos jardines tenían propósitos lúdicos y recreativos para sus propietarios, por la diversidad de elementos de los que estaban compuestos (estanques, fuentes, canales, flores y vegetación que adornaba las plantaciones), sin embargo, permanecían inaccesibles a la sociedad común.

En la figura 1 se ve un mosaico hecho de talavera poblana a finales del siglo XVII, basado en una pintura al óleo sobre tela del Biombo de la Conquista de autor desconocido, perteneciente a la colección permanente del museo Franz Mayer, que resalta la traza urbana de la ciudad y su vegetación. Casi al centro se puede observar una figura ortogonal vegetada, que muestra la primera alameda.

Además de la vegetación natural de la ciudad, hasta el momento no se tiene información sobre áreas designadas como espacio verde público como tal, posiblemente porque no eran necesarios al haber tanta vegetación natural.

Autores como Pérez (2019) comparten que el paseo más antiguo de todo el continente americano es la Alameda Central en la Ciudad de México. Creada en la última década del siglo XVI por el virrey Luis de Velasco (hijo), motivó al desarrollo de ideas europeas como la necesidad de embellecer la ciudad y brindar un espacio para la recreación pública. Así lo expresan los autores Rodríguez y Tejedor (2018, p.10): “El ejemplo mayor de ello es la Alameda Central de la Ciudad de México, también Patrimonio Mundial y primer parque público americano fundado en 1594”. De la misma forma que en Europa, la Alameda Central estaba dotada de los árboles que le dan origen a su nombre: los álamos, para acompañar a los paseantes y proveer de sombra.



Fig. 1. Mosaico de talavera basado en la pintura del Biombo de la Conquista del museo Franz Mayer. Mide 615 cm de largo y 223 cm de ancho. Fuente: <https://tinyurl.com/yot8ms9o>

El diseño inicial lo estableció el alarife de la ciudad, Cristóbal Carballo, iniciando su construcción en 1593 por el obrero Baltasar Mejía (Pérez, 2019, p. 13). De acuerdo a Herrera y Blanco (1992, p.2) en sus inicios este paseo era de forma cuadrada de acuerdo a los planos del maestro arquitecto Juan Gómez de Trasmonte en 1628, y estaba rodeada de una ancha acequia con solo una entrada por el lado oriente, tenía una fuente central y cuatro fuentes secundarias. Esta composición correspondía al estilo renacentista caracterizado por el diseño rectilíneo y ortogonal (fig.2).

Desde la época colonial, las alamedas y los paseos eran sinónimos y se usaban para describir las áreas verdes públicas de la época, pues todavía no existía el término como tal de "área verde pública". Comparte Pérez (2003, p.7) que estos espacios sobrevivieron a través del tiempo hasta alcanzar a la sociedad porfiriana que seguía refiriéndose a ellos como "los sitios arbolados con álamos y otras especies, para descanso y disfrute de los metropolitanos."



Fig. 2. Alameda central de la Ciudad de México, donde se aprecia la geometría quincunce mencionada en el capítulo anterior. Fuente: @patrivirremex, Facebook, 2017.



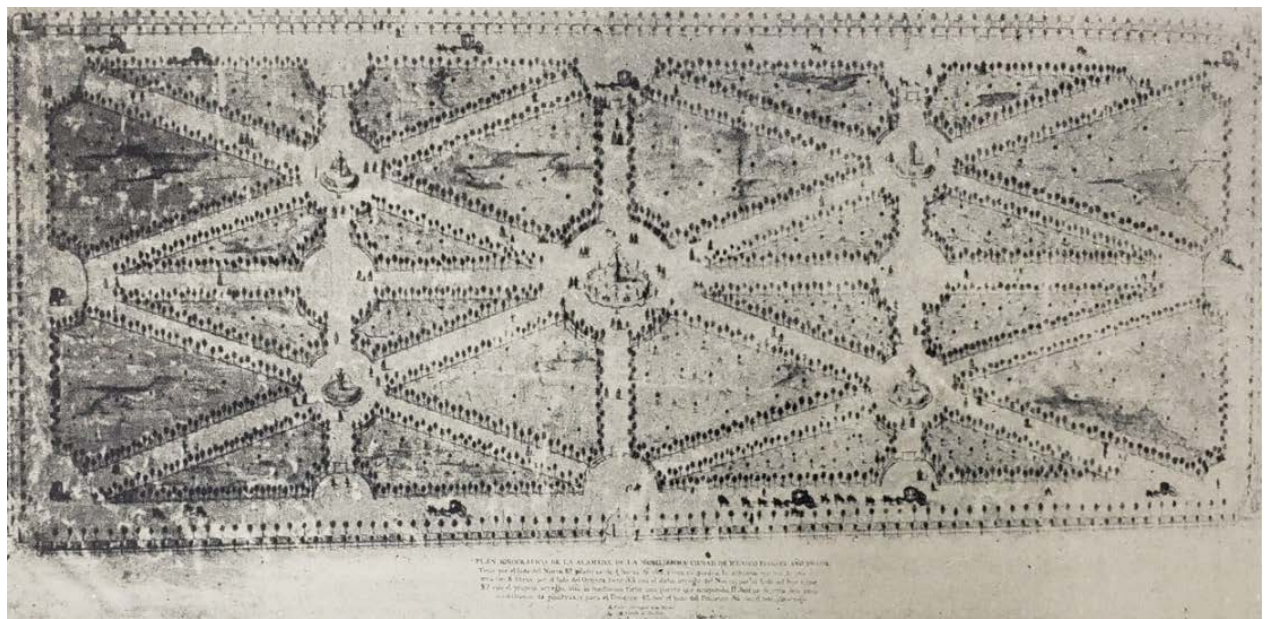
En el siglo siguiente no hay registro de alteraciones considerables en su estructura, padeciendo incluso etapas de total abandono por las autoridades del Ayuntamiento. Además de esto, hubo ciertas inundaciones que originaron zonas pantanosas dentro de la Alameda, situación que obligó a los virreyes a mejorar los caminos y puertas de acceso, y la vegetación (UNAM, s/f), transformando el lugar en el preferido por la sociedad como lo expresa Pérez (2019, p.14):

“Esta situación, aunada al arreglo de los caminos de acceso y del tránsito interior, más el crecimiento natural de los árboles, fueron convirtiendo a la Alameda en uno de los sitios predilectos para el disfrute y solaz de las familias pudientes de la sociedad colonial. Lo anterior se deduce de diversas pinturas en las que se representan personas elegantemente vestidas y adornadas con joyas, paseando alrededor de los prados, a veces a pie, en caballo o carruaje, acompañadas generalmente por un séquito de sirvientes dispuestos a hacer más placentera su estancia.

Fig. 3. Vista aérea de la Alameda Central. Fuente: Revista Arquitectura México, 1 de marzo de 1955. Fuente: Hemeroteca Nacional.

En el siglo XVIII con el virrey Baltazar de Zúñiga Sotomayor (1716-1722), la Alameda Central recobra importancia. Se desarrolló un hermoso jardín cuadrado con dieciséis calzadas e igual número de prados triangulares, incluyendo cinco glorietas adornadas con fuentes, que sin duda dieron lugar a una extraordinaria visión paisajística (UNAM, s/f). Esta composición arquitectónica se asemeja al diseño de los jardines barrocos franceses, que a su vez se inspiraron de los renacentistas italianos como León Battista Alberti y su propuesta de geometría quincunce en su tratado de arquitectura De real edificatoria. Esta geometría está presente en la Alameda Central.

En la segunda mitad del siglo XVIII se dan los cambios más significativos en la Alameda Central, pues duplica su tamaño gracias a la intervención del ingeniero Alejandro Darcourt, convirtiéndose en un jardín rectangular con veinticuatro prados y siete glorietas internas, exhibiendo colosales obras de la mitología griega (fig. 3). Asimismo, se reforestaron los jardines y se definieron las áreas de circulación de los paseantes, lo cual le dio un esplendor nunca antes visto convirtiendo al lugar en centro de convivencia social en la capital novohispana (UNAM, s/f, p. 2). Tanto se resaltó su función social, que Bustamante (1835) dedicó todo el tomo I de su libro *Mañanas de la Alameda de México* a relatar los diferentes tipos de conversaciones que se podían llegar a tener con las personas que la frecuentaban.



Es por tal motivo que Pérez (2019, p. 15- 16) expresa que la Alameda Central:

"Fue un espacio festivo de múltiples celebraciones, tanto de corte laico como religioso, donde se recibía a las autoridades políticas que venían de España igual que se celebraba el cumpleaños de un funcionario, se festejaba el carnaval arrojando a los asistentes cascarrones de huevo, agua teñida, harina y papel desmenuzado, o se gozaba tan sólo paseando, viendo pasar los cortejos, con saludos y pláticas para dejarse ver y ser y estar a la moda y al día."

En este sentido, Novo (2005, p.20) afirma que fue precisamente en la Alameda Central cuando se celebró "la primera fiesta cívica en solemnidad de nuestra Independencia" el 16 de septiembre de 1825, acto que se repitió el año siguiente quedando como costumbre su celebración anualmente hasta nuestros días. Por otro lado, a finales del 1700 y principios de 1800 se trató de que el arbolado interno de los espacios verdes ayudara a mejorar las condiciones sanitarias, que pronto se tornaron deficientes ante el crecimiento poblacional de esa época. Dicha situación ocasionó que la Alameda Central y los parques ya existentes (que fueron adquiriendo una función pública), dejaran de ser frecuentados y utilizados.

Por otro lado, así como la Alameda, el parque Chapultepec guarda memoria histórica importante, incluso desde antes de la conquista pues ya era utilizado como un espacio ritual y de esparcimiento por los mexicas. Durante la conquista, fue lugar de disputa por el territorio mexicano, hasta que en 1530 Carlos V decretó que los bosques, pastizales y aguas indias comunales, por lo que Chapultepec pudo ser aprovechado por todos sus habitantes, según comentan Domínguez y Rodríguez (2005, p. 169). No obstante, Luis de Velasco (1550-1564) siendo el segundo virrey de la Nueva España mandó construir una muralla alrededor con el pretexto de salvaguardar los recursos naturales del bosque, construyendo también una mansión de retiro para la nobleza (Pérez, 2018, p.51), es decir, privatizó el espacio.

Asimismo, Chapultepec retomó su carácter público a finales de 1700 al ser comprado por el Ayuntamiento, y a principios de 1800 se volvió una atracción para los pobladores debido a sus majestuosos árboles como fresnos, álamos y sauces plantados desde la época colonial (fig. 4). Durante la etapa del segundo imperio con el emperador Maximiliano (1864-67), se introduce una visión europea en dicho espacio, ya que el emperador manda traer al jardinero francés Wilhem Knetchel quién interviene en los jardines de Chapultepec, creando parterres en la proximidad del castillo y dejando la parte del bosque libremente. Maximiliano tenía grandes intenciones e interés de intervenir en las áreas verdes públicas, no obstante, no logró hacer cambios sustanciales debido al poco tiempo que duró su imperio (INAH, 2013).



Fig. 4. El Bosque de Chapultepec y sus abundantes recursos naturales. Fuente: Casimiro Castro, La glorieta en el Interior del Bosque de Chapultepec, 1910. [litografía]. En México y sus alrededores: colección de monumentos, trajes y paisajes dibujados al natural y litografiados por artistas mexicanos (México: Decaén, 1855-1856).



Sin embargo, en el periodo republicano (1821- 1917), los parques y jardines de la capital mexicana distaban mucho de ser espacios de sociabilidad higiénicos, estéticos y confortables; los disturbios militares contribuyeron a dañar la imagen de los espacios de recreo como el mobiliario y vegetación de la Alameda Central; y entre 1847 y 1848 las invasiones norteamericanas y francesas mutilaron los árboles reduciendo los pulmones de oxígeno, destruyeron bancas, fuentes y calzadas en toda la ciudad (Pérez R., 2003). Los jardines creados entre 1869 y 1871 desaparecieron en 1880 sin que Sebastián Lerdo de Tejada que mostraba mucho interés por ellos, pudiera contribuir a su preservación y desarrollo. Con todo ello, no era extraño que “en 1873 se vieran jardines en estado deplorable, con escaso follaje y sin orden en el plantío. En ellos crecía zacate que comían las vacas, caballos y asnos. Los cerdos se revolcaban en charcos de lodo e inmundicia doméstica” (Ulloa del Río, 1997, p. 42). Tan mala era la situación que se podía resumir de la siguiente manera:

La Alameda Central, uno de los espacios más icónicos del Centro Histórico de la Ciudad de México, fue concebida a finales del siglo XVI por el virrey Luis de Velasco. Foto: Pamela de la Paz. INAH.

“Entre nubes y polvos pasean diariamente tanto en la alameda como en la calzada de la Reforma, damas y caballeros, que, yendo en busca de un rato de distracción, sólo encuentran allí el martirio. Triste suerte es la de esta sociedad, que diezmada por el tifo y las enfermedades no tiene ni el recurso de respirar en los paseos un poco de oxígeno para confortar sus pulmones. Calor, miasmas y polvo, esto es todo lo que ofrece la ciudad de México a sus desgraciados habitantes” (fragmento del periódico El Monitor Republicano, citado por Pérez, 2003).

Esta reflexión, aunque describe la situación de la Ciudad de México a finales del siglo XIX, se podría utilizar perfectamente para describir la situación de los parques públicos de Cuernavaca en la actualidad, pues se encuentran en ese estado. De esta forma se observa que a un siglo después, los mismos problemas siguen estando presentes en otras ciudades que distan geográfica y temporalmente, lo que nos dice que, si ya se logró resolver algo en Ciudad de México con más de un siglo de ventaja, siguiendo esas iniciativas posiblemente se pueda también lograr una mejora en Cuernavaca.

En pocas palabras, la autora Pérez Bertuy (2019, p.16) expresa en su tesis doctoral sobre los parques públicos de la Ciudad de México, que desde mediados del siglo XIX la inestabilidad que se vivía en muchas áreas, reflejó la falta de políticas urbanas bien definidas, trayendo en consecuencia la constante transformación del entorno. Casi durante todo el siglo de 1800 especialmente a finales, la mayoría de parques y jardines públicos se encontraban en estado lamentable, esto se sabe gracias a los innumerables reportes y escritos periodísticos en el Diario El Nacional y El Monitor Republicano describiendo el ambiente desfavorable en torno a ellos.

Sin embargo, los paseos, jardines y parques, aunque en estado evidentemente deplorable, eran de gran significación social para la vida en la ciudad, por lo que su embellecimiento fue un factor importante. Hubo gran interés por buscar una ciudad bella y funcional, de mejorar el aspecto de los jardines, parques y paseos con vegetación ornamental, que aparte de cambiar la imagen urbana, ayudaran a sanear el entorno y purificar el oxígeno.

Es por tal motivo que durante el porfiriato (1876- 1911), se trató de atender a los problemas que acogían a los espacios verdes públicos, así como mejorar los servicios de agua, drenaje, empedrado y vigilancia. Además, se añadieron importaciones urbanísticas de Francia e Italia en dichos espacios ajardinados, volviéndolos objetos de lujo y ostentación. Sobre ese periodo la autora comparte que fue tal el interés e intervención de las autoridades que

"[...] se construyeron el mayor número de parques y jardines públicos en la historia del país, superando la cantidad de los establecidos en el México colonial y la primera mitad del siglo XIX, e incluso en el tiempo de los gobiernos de la revolución y postrevolución" Pérez (2003, p. 8).



Gente en la Alameda central, Ciudad de México, 1900. Colección Archivo Casasola, Fototeca Nacional INAH.



Por su parte Toloza y Rebolo (2018) explican la introducción de elementos decorativos y funcionales como las luminarias, que combinaban la parte artística para embellecer las plazas y jardines, con la parte funcional para dotar de alumbrado público. De esta forma, los autores comparten que, en la plaza central de la Ciudad de México, “el espacio sufrió un aburguesamiento, al ser reemplazado con jardines de paseo representando a la élite de buena educación y situación económica” (Ibidem, pág. 16).

Se acostumbraba afirmar que en los paseos y jardines se medía el progreso y avance que alcanzaba la capital mexicana. Es decir, si se veía mejoras en las áreas verdes públicas, se asumía que había mejoras en más áreas de la ciudad, como en los servicios públicos y hasta en la política. Además, ya desde ese tiempo estaba la idea latente de que los espacios verdes públicos arbolados acabarían con todos los males sociales de la ciudad al estar integrados en ella, según lo expresa Eguiarte (1991, p. 129). Pensamiento que no dista mucho de la realidad actual.

Por ello, debido a las constantes y numerosas peticiones de periodistas, profesionistas, arquitectos, escritores y funcionarios para seguir arreglando los espacios verdes públicos de la ciudad:

“Desde 1881, el Ayuntamiento tomó las riendas y trató de rehabilitar los viejos paseos y se propuso aumentar los jardines y parques. A partir de 1885, el regidor Ireneo Paz dio gran impulso a los trabajos, pero el embellecimiento de éstos dependió de los recursos institucionales” (Pérez, 2003, p. 22).

Gente en la Alameda central, Ciudad de México, ca. 1925, Colección Archivo Casasola, Fototeca Nacional INAH

Se atendió a las demandas públicas de mejorar los espacios verdes gracias al auge constructivo y de crecimiento, que impulsó Porfirio Díaz bajo el régimen de orden y progreso.

Se trazaron nuevas calles, se mejoró la infraestructura y la pavimentación, y se planeaba la existencia de parques, jardines y bosques. En la capital mexicana estaba muy presente el pensamiento inglés que dio origen a los parques públicos, pues se percibía la existencia de una urbanización voraz que agobiaba y ponía en riesgo la salud de los habitantes, razón suficiente para querer integrar dentro de la ciudad a los espacios verdes públicos y tratar de contrarrestar los efectos negativos del crecimiento urbano, tal como ocurrió en Inglaterra un siglo atrás. Así lo comenta Eguiarte:

“Una preocupación por la higiene y la salud [...] Poderosas razones para que los higienistas, las autoridades sanitarias, las de obras públicas municipales y de paseos, etc., se ligan para contrarrestar las terribles plagas que acometen a los habitantes de las ciudades, siendo que lejos de ser esas plagas motivo para que se interrumpiera la emigración de los habitantes de los campos hacia aquellas, se desarrollan más y más. Nuevamente la influencia del pensamiento europeo se dejaba sentir.” (1991, p. 130- 131).

Relata Novo (2005, p.67) que la constante mejora de estos espacios se reflejó en un aumento en la construcción de viviendas alrededor de éstos, así como apertura en las vías de transporte, campos deportivos y pensiones de caballos. También se buscaba un interés económico al crear una ciudad “bella y atractiva” con espacios de recreo para el turismo internacional.

De igual manera se le atribuye a Porfirio Díaz la formación de la primera sección del parque de Chapultepec, que comenzó a finales del siglo XIX con el Secretario de Hacienda José Yves Limantour, quien propuso comprar los terrenos contiguos al bosque para expandir su tamaño. Pérez (2018, p.55-56) explica que:

“El parque de Chapultepec tuvo como prototipo a seguir los parques parisinos que había visto Limantour en sus viajes por Europa, en especial, el bosque de Boulogne y el de Vincennes. En esta relación entre México y Francia, y la planeación del parque público en Chapultepec, apareció el ingeniero Miguel Ángel de Quevedo (1862-1946), quien había estudiado en ese país y daba sus primeros pasos en el gobierno de Díaz colaborando en obras públicas [...] Quevedo fue comisionado por el Secretario de Hacienda para ir a Francia al Congreso de Higiene y Urbanismo, celebrado en 1900, y allí conoció a Jean Claude Nicolás Forestier, quien era director de Parques y Jardines de París. Sin duda alguna, aquél impulsó la acción política de Quevedo en México para formar parte de un movimiento internacional en defensa de las áreas verdes urbanas [...] A su regreso al país, Forestier le entregó a Miguel Ángel de Quevedo documentos sobre la planificación, gestión y recuperación de jardines y parques, que fueron el punto de partida de la fundación del parque de Chapultepec”.

Páginas 12 y 13. Gente sentada alrededor de una fuente en la Alameda, Ciudad de México, ca. 1930. Colección Archivo Casasola, Fototeca Nacional INAH.





Acordamos con lo que expresa la autora, ya que como se vio, durante estas intervenciones fue crucial la participación del ingeniero Miguel Ángel de Quevedo, quien siguiendo el pensamiento rousseauniano, afirmaba que el contacto con la naturaleza y los espacios arbolados eran la solución a la perversión moral y social. De esta forma trabajó en un programa de parques para el área urbana de la Ciudad de México, y en una década logró incrementar en 800% el área dedicada a parques públicos. También se le atribuye haber conseguido el apoyo de los presidentes Porfirio Díaz y Francisco I. Madero para la salvaguarda de reservas forestales, además de lograr que el Desierto de los Leones fuese nombrado el primer parque nacional de México, y haber creado la Sociedad Forestal Nacional en 1922 (Salmerón, 2011).

Por tal motivo, en México la planeación de espacios verdes estuvo influenciada por dos estilos europeos totalmente diferentes: el barroco francés y el paisajista inglés, convergiendo en un estilo ecléctico con características de uno o de otro dependiendo de las condiciones particulares de cada espacio, diseño que probablemente se heredó de España, pues el jardín español se compone de elementos de varios estilos de jardines europeos. Comparte Eguiarte (1991, p. 136) que en la Ciudad de México, por un lado se trazaban líneas geométricas¹ en los jardines a proximidad de los edificios (como en los jardines del castillo de Chapultepec), y por el otro se dejaban paisajes naturales “pintorescos”² para los grandes espacios arbolados (como el bosque de Chapultepec), tratando así de lograr un equilibrio entre ambos estilos sin sacrificar la naturaleza por el arte ni viceversa.

1. Una representación más modesta del estilo barroco francés.

2. Característicos del estilo inglés.

Muchas de estas ideas se salpicaron en Cuernavaca, debido a la constante afluencia de capitalinos. Durante el porfiriato, en Cuernavaca se construyó el primer parque público hoy conocido como Melchor Ocampo, además de diferentes intervenciones por parte de Miguel Ángel de Quevedo.

En 1910 muchos espacios verdes públicos vivieron un momento de esplendor, sobre todo el Parque Chapultepec inaugurado el 22 de septiembre de ese año. Aunque dicho parque se puso a disposición pública, más bien fue utilizado por grupos selectos de la sociedad mexicana como espacio de recreo, ya que ellos eran quienes podían pagar por los servicios ahí ofrecidos según comenta Pérez (2018, p.58). Asimismo, la autora expresa que después de la revolución, Chapultepec fue tomado por grupos populares y desde entonces ha mantenido la infraestructura de la que se compone hasta la actualidad (fig. 5).



Fig. 5. Vista del lago de Chapultepec. Fuente: Ernesto Ríos

De tal modo, la vida en los espacios verdes públicos mejoró notablemente. Retomaron su vocación original como espacios de encuentro y socialización, atrayendo y sirviendo como fuente de inspiración para varios intelectuales y artistas de épocas siguientes entre los que se encuentra Diego Rivera y su famoso mural "Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central" (fig. 6), pintado en 1947 en el Hotel del Prado ubicado frente a la Alameda, en donde aparecen varios personajes emblemáticos de la historia de México.



Ya en 1973- 83 en la Alameda se cambió el sistema de riego, pavimentación de las calzadas, se repararon fuentes y esculturas y se introdujo nuevo sistema de drenaje. Además, se sustituyeron con réplicas las esculturas de mármol que se veían gravemente afectadas por la contaminación (Pérez, 2019, p. 19-20). Según explica la autora, a principios del siglo XX el espacio comenzó a sufrir problemas de degradación a causa del comercio ambulante, la delincuencia, falta de vigilancia, y falta de servicios de mantenimiento que repercutieron en el diseño paisajístico del sitio, por lo que en 2012, erróneamente se sometió a otra rehabilitación, en lugar de restauración histórica como debía ser, y en consecuencia fuera de ayudar, cambió totalmente la vegetación nativa, modificó la traza y propuso una nueva infraestructura dirigida al consumo.

En conclusión, tanto en Ciudad de México como en el mundo, se hizo evidente que la inclusión de espacios verdes en la traza urbana era lejos de un lujo, una necesidad. Además, si con ello se podía atraer a las élites para que pudieran dejar derrama económica al pasearse en ellos para *ver y ser vistos* como en los jardines ingleses, qué mejor. Incuestionablemente, se intervino en aquellos espacios que por falta de cuidado presentaban condiciones insalubres, entendiendo que su preservación en buenas condiciones era una prioridad.

Pero, ¿prioridad hasta cuándo? pues, como se vio, se les han hecho modificaciones que han alterado sus características originales con el fin de mejorarlos, no obstante, al hacerlo sin un estudio previo en muchas ocasiones se pierde la conexión entre el propósito con el que fueron creados y lo que representan para las personas. Si lo anterior sucede, es posible que las personas poco a poco dejen de apropiarse de los espacios para fines sociales, y por el contrario, les den nuevos usos que resulten perjudiciales tales como actividades delictivas.

Ahora bien, esto se entendió en Ciudad de México desde hace aproximadamente un siglo, ¿qué debe pasar en Cuernavaca para que, en el siglo actual, y pese a los ejemplos anteriores, lo podamos entender y sobre todo, aplicar?

Fig. 6. Fresco titulado Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central por Diego Rivera. Medidas: 4.8m x 15m. Fuente: Museo Mural Diego Rivera en Ciudad de México



Bibliografía:

Bustamante, C. (1835). Mañanas en la Alameda de México. México: Colección digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Recuperado de <https://cd.dgb.uanl.mx/handle/201504211/12975>.

Domínguez, A. y. Rodríguez (2005). Chapultepec en la actualidad. Cambio y persistencia de las prácticas de un parque público. *Diario de Campo* (36).

Eguiarte, E. (1991). Los jardines en México y la idea de ciudad decimonónica. *Historias*(27), 129-140.
Granziera, P. (2005). Natura naturata o natura naturans: iconografía del jardín italiano siglo XVI-XVII. *Revista de la Universidad de Cristobal Colón*, 3(21), 121-134.

Herrera, E. y. Blanco (1992). La Alameda Central, Ciudad de México. México: INAH CONACULTA.

INAH . (3 de abril de 2013). Youtube. Obtenido de <https://www.youtube.com/watch?v=4zIKz6lBbcl>

Novo, S. (Segunda edición. 2005). Los paseos de la ciudad de México. México: Fondo de Cultura Económica.

Pérez, R. (2003). Parques y jardines públicos de la ciudad de México, 1881-1911. Tesis Doctoral. Ciudad de México: Colegio de México A.C.

Pérez, R. (2018). El Bosque de Chapultepec: un patrimonio excepcional. En A. y. Rodríguez, *Jardines Históricos en el Paisaje Urbano, México-España* (págs. 48-85). México: UNAM.

Pérez, R. (2019). Planos de la Alameda de la Ciudad de México: siglos XIII-XX. México: UNAM.

Rodríguez, A. y. (2018). Jardines históricos en el paisaje urbano. México-España. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Salmerón, L. (2011). Miguel Ángel de Quevedo. *Relatos e Historias en México*, 3(34), 92.

Tolosa, M. y. (2018). Identidad y carácter del espacio público latinoamericano. *Geoculturas*.

Ulloa del Río, I. (1997). Paseo de la Reforma, crónica de una época (1864-1949). México: UNAM.
UNAM. (s/f). La Alameda Central de la Ciudad de México (Vol. Recuperado de <https://tinyurl.com/yrpjlzj>). México: PUEC.





Cultura
Secretaría de Cultura

